

La memoria del silencio

David Reinoso

*«Un pueblo sin el conocimiento de su historia pasada,
origen y cultura, es como un árbol sin raíces».*

Marcus Garvey.

PARTE I

Solo los valientes regresan

*Nadie puede encontrarte
cuando huyes de ti.
Nadie puede salvar a nadie
cuando duele así.
Nada es suficiente
cuando nada está bien.
Nadie puede curar a nadie
cuando llora la piel.*

Duele (**Dorian**)

CAPÍTULO 1

Zahira

—Entonces, ¿no piensas hablarme? —preguntó él, apartando ligeramente los ojos de la carretera para buscar el contacto visual con su novia. Ella no contestó, se cruzó de brazos y miró a través de la ventanilla del coche.

Jonathan y Zahira llevaban todo el viaje de morros mientras volvían a Ugíjar. Habían estado cenando en Válor, a siete kilómetros del pueblo, y la tensión se había apoderado de aquel Seat Ibiza plateado mientras viajaban por la oscura y serpenteante carretera en la que Zahira dio muestras de su enfado con su novio porque Jonathan no tuvo pudor alguno en mostrar sus incontrolables e injustificados celos, una vez más.

La pareja se había acercado hasta el pueblo vecino para cenar con unos amigos de ella. Zahira cursaba segundo de bachillerato en el IES Ulyseas de Ugíjar, mientras que él trabajaba realizando obras públicas en los pueblos de alrededor. Había sido un primer trimestre duro para Zahira. Era su último año en el instituto y la EvAU estaba a la vuelta de la esquina. Sus notas habían sido aceptables, ella se conformaba con aprobar, no aspiraba a matrícula de honor, y decidió celebrarlo con unos amigos de clase, compañeros de fatigas.

A Jonathan no le gustó nada el efusivo abrazo que Adrián le dio a Zahira cuando se saludaron en el bar. Su gesto se tornó brusco en aquel momento y se mantuvo apático durante todo el tiempo que duró la cena, para fastidio de su novia, que tuvo que rebajar las malas contestaciones de su novio con la mejor (y más fingida) de sus sonrisas.

—Me has dado la noche —fue la reprimenda de Zahira a Jonathan cuando se despidieron del resto, mientras caminaban hacia el coche para regresar a Ugíjar—. ¿A qué venía esa cara y esa antipatía? Has sido muy impertinente con mis amigos.

—Vosotros sí que me habéis dado la noche a mí. ¿A qué ha venido ese abrazo con el Adri?

—¿Qué? ¿Esto va en serio? —Zahira no daba crédito a las palabras de su novio. Adoraba a Jonathan y nada le hacía más ilusión que celebrar su primer aniversario de noviazgo, que tendría lugar aquellas Navidades, pero detestaba que fuera tan celoso.

—¿A eso os dedicáis cuando estáis en el instituto? —soltó él, sin miedo a resultar molesto.

—Jonathan, por favor, vamos a dejarlo.

—Claro, no te interesa seguir con la conversación.

Zahira se mordió la lengua para no responder. Se le ocurrieron mil y un argumentos para contestar a su novio, pero decidió guardárselos para ella. La pareja caminaba uno al lado del otro y al llegar hasta el coche aparcado se separaron. Él se detuvo junto a la puerta del piloto y ella bordeó el auto hasta situarse junto al lado del copiloto.

Eran ese tipo de parejas que discutían por cualquier estupidez y a los cinco minutos se olvidaban de todo con un par de besos. Pero aquello no era una tontería y Zahira no estaba dispuesta a tolerar esa actitud por parte de su novio.

—Adrián es mi amigo, mi a-mi-go —recalcó Zahira—. Estoy harta de tus celos. ¿Por qué eres tan inseguro?

—Ah, ¿que todo esto es porque soy un inseguro? —preguntó Jonathan fingiendo una sonrisa—. Cómo te gusta dar la vuelta a la tortilla. Además, ¿has visto cómo te mira? Está perdidamente enamorado de ti, se ve a la legua.

—Eso no es verdad. Pero vamos, si así fuera, ¿qué pasa? Nunca habrá nada entre nosotros. Yo estoy contigo, te quiero a ti.

—Sí, bueno... —fue la respuesta de Jonathan, mirando hacia otro lado.

Zahira suspiró, sin fuerzas para continuar con aquella conversación. Cada vez se le hacían más insoportables sus discusiones con Jonathan. Colocó la mano en la manilla de la puerta.

—Abre, anda. Que me estoy congelando.

Jonathan abrió el coche y ambos se metieron en el interior sin decir una sola palabra. Ella se colocó el cinturón de seguridad rápidamente mientras él la observaba. Vio su cara de enfado y, de repente, se arrepintió de todo: de su hostilidad con los amigos de su novia, de sus celos y de sus malas palabras hacia la chica que amaba. Siempre le ocurría lo mismo, hablaba sin pensar en las consecuencias y después se sentía un estúpido. Se acercó a Zahira en busca de un beso, pero ella se apartó, huyendo de cualquier muestra de cariño.

—Estoy cansada y no quiero llegar tarde a casa.

Él la observó durante unos segundos, esperando un cambio de actitud por su parte que no llegaba. Ella se mantuvo firme, con la mirada al frente. Finalmente, Jonathan se resignó y arrancó el coche.

Llevaban todo el trayecto sin hablar, pero Jonathan no quería irse a casa con ese disgusto encima. No era habitual que sus enfados se prolongaran durante tanto tiempo.

—Lo siento, joder —dijo él en un nuevo intento de reconciliación—. Soy un gilipollas. No te enfades. ¿Me perdonas?

—No puedes ser así, Jonathan, te lo he dicho mil veces. No puedes cegarte de esa manera, joderme la noche con mis amigos y luego pedir perdón, como si nada. No sé si eres consciente, pero... has quedado fatal. Me has hecho sentir vergüenza.

—Ahora te avergüenzas de mí. Claro, como yo no soy un erudito como vosotros... Bastante jodido es dejar el instituto para ponerme a trabajar y ayudar en casa de mis padres.

Zahira miraba con un ojo a Jonathan y con otro la carretera, pendiente de que a su novio no se le fuera la cosa de las manos y acabaran estampados contra un árbol.

—No me avergüenzo de ti porque no estudies, me avergüenza que seas tan celoso.

Jonathan no solía aceptar bien las críticas y reaccionó con la misma mala leche de siempre:

—Estoy hasta los cojones...

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—¿De qué?

—De discutir. De ti. De todo.

Zahira no aguantó más.

—Yo sí que estoy hasta los cojones. Para el coche.

—¿Qué?

—Me bajo aquí.

—Anda, no digas tonterías.

Zahira se quitó el cinturón de seguridad y un molesto pitido intermitente de aviso comenzó a sonar.

—Ponte el cinturón, anda.

—Te he dicho que pares, que me quiero bajar. ¿No estás hasta los cojones? Pues te vas solito a casa, que yo vuelvo andando.

Zahira abrió la puerta con el coche aún en marcha.

—¿Qué haces, joder? ¿Estás loca o qué coño te pasa?

Jonathan redujo la velocidad y detuvo el vehículo en el arcén derecho.

—¿En serio te vas a ir así? Vamos a hablar las cosas, ¿no?

Pero ella no quiso escuchar, la decisión ya estaba tomada. Empujó la puerta y salió decidida.

—¡Zahira! —Jonathan bajó la ventanilla y gritó sin bajarse del coche—. ¡Zahira, joder, vuelve! ¡No seas niñaata!

La joven ya había cruzado al otro lado de la carretera y había emprendido el camino hacia el pueblo. Apenas quedaba un kilómetro de distancia y calculó que en unos minutos llegaría sin problema. Jonathan puso de nuevo el coche en marcha y se acercó lentamente a ella.

—Cariño, entra al coche, anda. Que te vas a helar —dijo Jonathan cuando estuvo a su altura. Su voz sonaba sospechosamente conciliadora, queriendo ocultar lo alterado que se encontraba ante esa situación.

—Déjame, Jonathan. Estoy harta de ti y de tus celos.

—Mírame, anda... —Pero no obtuvo la respuesta que esperaba—. Mírame joder, ¡ostia ya!

Zahira se detuvo.

—Me vuelves a gritar y llamo a la Guardia Civil.

—Eres imbécil, que te den. —Y aceleró de tal forma que el tubo de escape soltó unos vapores grises que provocaron una tos convulsa en Zahira.

Gilipollas, pensó cuando se recuperó.

El coche se perdió en la primera curva a la izquierda y Zahira se quedó completamente a oscuras, sin más compañía que un cielo estrellado. Continuó caminando y escuchó un ruido a su izquierda, una especie de chasquido. Se giró sobre sí misma y observó entre la oscuridad. Silencio, allí no parecía haber nadie. Pensó que quizás aquel sonido había sido fruto de su imaginación. Reanudó el paso, decidida, a medida que se aceleraba su pulso cardíaco. Temblorosa, sacó su teléfono móvil del bolsillo del pantalón y activó la linterna para iluminar el camino. Continuó andando a paso rápido por el estrecho arcén. No miró ni un segundo atrás, no fuera a ser que, al girarse, la imaginación o el miedo le jugaran una mala pasada. Como cuando era pequeña y bajaba a por un vaso de agua en mitad de la noche y después subía los escalones de casa de dos en dos. *Quizás no ha sido tan buena idea esto de ir andando hasta el pueblo*, pensó. Ya se lo decía su madre, que era una cabezota y que solía tomar decisiones muy precipitadas. Pero en eso había salido a su padre.

Al poco, alcanzó la curva que había tomado Jonathan segundos antes. Unos pasos más y se relajó al encontrarse con la discoteca de verano, que estaba cerrada. A partir de ahí, el camino hasta el pueblo estaba iluminado por farolas.

Zahira suspiró, aliviada. *No ha sido para tanto*, se dijo a sí misma para tranquilizarse. Se encontraba muy cerca del pueblo, ese camino lo había hecho decenas de veces en las noches de verano cuando acudían de fiesta a la discoteca. Aunque siempre lo había hecho acompañada y no en pleno mes de diciembre, con un frío que le estaba helando hasta los huesos. Aceleró el paso para entrar en calor por la recta que le llevaba hasta el pueblo. Vislumbró al final del camino la curva cerrada de la Hortichuela, tan respetada por los conductores. Cuando llegase a ella giraría a la izquierda y ya se encontraría con las primeras viviendas del pueblo. En menos de diez minutos ya estaría en casa. Pensó en prepararse un vaso de leche bien caliente en cuanto llegase.

De pronto, las luces de unos faros aparecieron a lo lejos. El corazón de Zahira se ablandó en seguida: *Jonathan ha vuelto para buscarme, qué mono*, pensó nada más ver un vehículo aproximarse hacia ella. Una ligera sonrisa delató a Zahira, que agachó la mirada para que no se le notara. Le había gustado ese gesto por parte de su novio, porque todavía eran novios y esperaba que él eso lo tuviera claro. Las luces se acercaron y el auto redujo la velocidad hasta detenerse frente a la chica. Una vez estuvo a apenas un metro del vehículo levantó la mirada y descubrió que no era Jonathan el que conducía. Ni siquiera era su coche, sino una furgoneta blanca. La ventanilla del copiloto se bajó y Zahira se acercó hasta ella. Reconoció en seguida al conductor, que le hablaba desde el interior, pero el sonido del viejo motor impedía que Zahira oyera con claridad. Tuvo que meter parte de la cabeza por la ventanilla para enterarse de lo que le estaba diciendo.

La conversación fue corta, el hombre se ofreció a acercarla hasta casa y ella aceptó. Estaba muerta de frío y ya había echado en falta, en un par de ocasiones, haber cogido la bufanda de lana antes de salir de casa. Zahira entró en la furgoneta, se sentó junto al conductor, que siguió su camino, dejando atrás Ugíjar.

—¿No vas a dar la vuelta? —preguntó ella, extrañada.

—Necesito más espacio para maniobrar —contestó su acompañante.

El silencio se apoderó del vehículo y Zahira se frotaba las manos para entrar en calor mientras observaba a través de la ventanilla, pensando en Jonathan y en lo estúpido que había sido. Al cabo de unos segundos pasaron de largo por un arcén de tamaño considerable para poder girar, pero el conductor pasó de largo.

—Ahí podías haber girado —comentó ella, pensando que aún estaban a tiempo si echaba marcha atrás.

Pero él no contestó, tenía el semblante serio y la mirada fija en la carretera. Zahira comenzó a impacientarse ante el silencio de su acompañante y tuvo un mal presentimiento. Le dijo que parara el coche, que prefería volver andando. Intentó abrir la puerta, pero la encontró bloqueada. La joven no vio venir el fuerte golpe que el misterioso conductor le propinó en la cabeza y que la dejó inconsciente.

CAPÍTULO 2

Diego Martín

El sargento Diego Martín miró al espejo del cuarto de baño y se encontró con su reflejo. La ducha de agua fría que acababa de darse le había espabilado más que un triple expreso de café, pero su rostro, y sus ojos verdes, que había heredado de su abuelo, aún delataban las pocas horas de sueño. Se aplicó loción para la cara, con el paso de los años se había vuelto más coqueto. Los treinta y tantos ya no eran los veinte de antes. Tuvo especial cuidado cuando las yemas de sus dedos pasaron por encima de esa cicatriz de tres centímetros de aquella vez que casi pierde un ojo y que caía desde la ojera, vertical hacia el pómulo. Había pasado ya mucho tiempo desde que aquella línea blanca había marcado su piel de por vida, pero aún experimentaba cierta aprensión cuando la tocaba, quizás con miedo a revivir el dolor que le produjo.

Salió desnudo hacia el dormitorio, dejó la puerta abierta para que la luz procedente del cuarto de baño iluminase ligeramente la habitación y no tener que dar al interruptor. Abrió el armario y se vistió solamente con unos calzoncillos. El frío le hizo refugiarse bajo las sábanas de la cama. Allí le esperaba el torso desnudo y moreno de Ismat, que siempre dormía con poca ropa, aunque fuese diciembre y afuera se estuviera a dos grados. Era una estufa andante y Diego lo agradecía cuando el invierno apretaba.

Ismat se despertó con el movimiento que Diego producía en el colchón y, sin abrir los ojos, se acercó a él y le abrazó.

—Hueles a limpio —suspiró.

—Tengo que irme, me ha llamado el teniente.

—¿Qué hora es? —preguntó, perezoso.

—Aún es pronto, ni siquiera ha amanecido.

—Vale. —Ismat besó a Diego a la altura del pecho—. Te veo luego.

—De eso quería hablarte..., tengo que ir al pueblo.

Ismat advirtió el tono preocupado de Diego y se incorporó. Apoyó su espalda sobre el cabecero de la cama y dejó que su novio hablara.

—Han encontrado el cuerpo de una joven muerta cerca de Ugíjar.

—¿No murió otra chica la semana pasada?

—Sí, en Cádiar, un pueblo que está a unos quince kilómetros. —Diego se incorporó y se colocó a la misma altura que Ismat, sentado sobre el colchón.

—¿Están relacionadas las dos muertes?

—No estoy seguro, pero puede ser. Castillo quiere que me encargue yo.

—¿Y qué piensas?

—Pues..., parece que hay bastante relación entre ambas...

—No, no —interrumpió Ismat—. De lo otro.

Diego no había querido pensar en eso. Había recibido la llamada del teniente Castillo hacía apenas veinte minutos y aún no había asimilado que tenía que viajar hasta el pueblo en el que creció. Aquel del que huyó hacía algunos años y que visitaba cada vez con menos frecuencia.

—Estaré bien, no te preocupes —le tranquilizó Diego mientras le sonreía, mostrando el ligero diastema de la parte superior de sus dientes que le daba un aire infantil a su rostro y que contrastaba con su oscura barba de cinco días.

Diego zanjó la conversación con un beso, se levantó para vestirse rápidamente y terminó de preparar la maleta que estaba a medio hacer a los pies de la cama. Ismat le observaba, preocupado. Le conocía demasiado como para saber que sus ojos miraban el interior de la maleta, pero su cabeza estaba en otro lado.

—¿Cuántos días te vas? —preguntó al ver la cantidad de ropa que estaba echando en la maleta.

—No sé, pueden ser dos, cuatro..., quizás un par de semanas.

—En unos días es Nochebuena.

—Cierto, joder. Teníamos reserva en el restaurante.

—Llamaré y la anularé, no te preocupes.

Diego suspiró.

—Lo siento. Iba a ser la primera Nochebuena que no trabajaba. Te lo prometí.

—No pasa nada, de verdad.

Las palabras de Ismat eran sinceras y Diego adoraba aquella generosidad que siempre estaba latente en su chico.

—Si puedo escaparme, vengo. Y hacemos algo en casa. —Diego cerró la maleta, se acercó a Ismat y le besó en los labios.

—Adiós, sargento Martín.

Diego sonrió. Le daba cierto morbo que su novio le llamara de aquella forma.

—Cuidado con la carretera —volvió a decir.

Se despidieron con un nuevo beso. Diego apagó la luz del cuarto de baño y se marchó. Ismat volvió a taparse bajo las sábanas, agarró la almohada y se dispuso a dormir. Pero le fue imposible, ya se había desvelado.

Diego salió a la calle y anduvo hasta el garaje que había al final de la calle, donde guardaba el coche. Estaba amaneciendo. Le dio la sensación de que el cielo de Granada estaba especialmente triste aquella madrugada. O quizás, en realidad, todo se debía a una extraña sensación que se había agarrado a su pecho y que confundió con una náusea. El sargento resopló, no estaba preparado para afrontar lo que estaba por venir.